

todo esto, Basilio, hay que concluir que el alma es simplemente una palabra, que como tal es inconcebible, y que los hechos nos demuestran que la materia organizada es capaz de pensar, que lo que llamamos espíritu, que no es otra cosa que nuestro pensamiento, es el producto de las funciones cerebrales.



## CARTA VIII.

—  
Mi querido Basilio:

Quieres que te señale las diferencias más notables que existen entre el hombre y la mujer, y voy a procurar satisfacer tus deseos, con la seguridad de que no te mostraré todas las de semejanzas, anatómicas, fisiológicas y psicológicas, debiendo incluir en estas últimas la influencia distinta que en la sociología han tenido el macho y la hembra.

Esta carta, Basilio, ya que con tu deseo, me has proporcionado la oportunidad, servirá también para llenar un vacío, notabilísimo, de la obra de Caustier, que sirve de texto en el "Instituto Juárez" y en la "Escuela Normal para Profesoras." La Anatomía y Fisiología de Caustier, es una Anatomía y Fisiología *neutras*. Las principales funciones fisiológicas, aquellas que

tienen por objeto la conservación de la especie, que es, en el último caso, el único fin de la vida, las omite Caustier, sin duda por un mal entendido pudor, olvidándose de que la ciencia siempre es casta; también calla las diferencias anatómicas, que concurren a aquel fin. Estas deficiencias no pueden ser suplidas en la clase de "Pedagogía Materna," primero: por que, la Profesora las ignora probablemente, no habiéndolas aprendido en la obra de Caustier, y segundo, por que la tal clase no es en último término sino una clase de puericultura más propia para las nodrizas que para las madres, toda vez que para nada se tiene en cuenta la psicología del niño.

Después de esta digresión, intentaré cumplir tus deseos.

Para conocer la influencia que el hombre y la mujer han tenido, cada cual por su parte, en la evolución progresiva de las sociedades, hay que estudiarlos desde su estado primitivo, que no es el que les atribuye la Biblia en los típicos ejemplares de Adán y Eva, por mas que en las notas cronológicas de los almanaques

actuales se diga: De la creación del mundo 7112 años, como resan los que nos han de servir en este de 1913.

La Geología y la Paleontología están diciendo a voces, que el hombre apareció sobre la haz de la tierra ha más de cien mil años, y que esta tiene no menos de veinte millones de siglos.

No nacieron hombre y mujer tan llenos de perfecciones físicas y morales como nos los pinta la crédula inspiración de Milton, en su "Paraíso perdido."

No quiero entrar en disquisiciones acerca del origen del hombre, porque además de ser poco conducente al propósito de hacerte conocer las diferencias que existen entre los dos sexos, tienes para adquirir tales conocimientos, la notable obra del naturalista inglés Carlos Darwin "El origen del hombre" la de Luis Buchner "El hombre y su lugar en la naturaleza," la de Hækel "Estado actual de nuestros conocimientos sobre el origen del hombre" y la del mismo autor "Historia de la creación de los seres organizados segun las leyes de la Naturaleza."

Las diferencias anatómicas que existen entre el hombre y la mujer, sin duda no fueron tan radicales en las edades primitivas, y mucho menos en el estado embrionario, pues demostrado está que en tal estado se registra la historia de nuestros antepasados, y ella nos enseña que, en el embrión, ambos sexos poseen verdaderas glándulas macho y hembra, lo cual hace conjeturar con justicia, que en un tiempo muy remoto el tipo primitivo de nuestra especie reunía en un solo individuo los dos sexos. Tal vez sería aventurado afirmar que este emafroditismo fuera semejante y tan completo como el de los caracoles que se copulan, sirviendo a la vez unos y otros de hembras y de machos, con la particularidad de que los huevos del caracol hembra no pueden ser fecundados por el semen del mismo caracol macho. No ha desaparecido este emafroditismo de manera tal que no haya dejado huellas de su pasada existencia, pues de él dan testimonio, al presente, el pene femenino y el útero masculino, las mamas, por donde sale la leche por el conducto lactífero abierto en los pesones, que se erectan, lo

mismo en los hombres que en las mujeres existiendo con ligeros cosquilleos, son semejantes a las del hombre y la barba en algunas mujeres; lo cual hizo probablemente, decir a Aristóteles, que las mujeres eran hombres no formados. También tenemos como prueba de este pasado emafroditismo la existencia del músculo ixquio puviano, mas común en los hombres que en las mujeres, y que sirve a los primeros para el acto de la cópula, según el Profesor Vascovich. Refiriéndose a este emafroditismo dice Buchner: "La reproducción sexuada aparece en época muy reciente de la evolución de las especies; estas han pasado de la generación asexuada al tan notable estado emafrodita que existe en muchas especies animales o vegetales, y en fin a la reproducción sexuada. Es probable que los embriones de todos los animales superiores sean emafroditas y que solo durante el curso de su desarrollo llegan a predominar los órganos de uno o de otro sexo. En todo caso son asexuados y las glándulas que serán después masculinas o femeninas son indiferentes."

De allí podíamos ir retrocediendo hasta la célula que solamente en estado potencial contiene la diferenciación de los sexos.

Las mamas, como todo el mundo sabe, no se desarrollan sino paralelamente con los órganos genitales, llegando tales órganos a su completo desarrollo en la edad adulta, tanto en el hombre como en la mujer.

Es muy notable la correlación de estos órganos con otros del cuerpo, y probablemente con todos, pues el hombre y la mujer, como todos los seres organizados, son especialmente conformados para la conservación de la especie. Respecto a esta correlación dice Virchow: "La mujer, es mujer por sus glándulas de la generación. Todas las particularidades de su cuerpo y de su alma, su vida de nutrición, su actividad nerviosa, su delicadeza, la redondez de sus formas, la anchura de su pelvis, el desarrollo de su cavidad torácica, acompañada de una parálisis en el órgano de la voz; su exuberante cabellera contrastando con el finísimo vello que cubre el resto de su cuerpo; y, en fin, la intensidad del sentimiento, la per-

cepción rápida y segura, la dulzura, la abnegación, la fidelidad, todos los caracteres esencialmente femeninos, que admiramos y vemos en la mujer, todo depende del ovario. Extirpese el ovario y el virago aparecerá con toda su horrible imperfección."

En el hombre, extirpadas las glándulas genitales, se paraliza el desarrollo de la laringe, paralización explotada por nuestros "*santos padres*," para tener cantores tiples en la Capilla Sixtina.

El desarrollo de los órganos sexuales va acompañado de una serie de transformaciones, en ambos sexos, las cuales hacen patente la correlación con todo el organismo, por mas que esta correlación se haga más sensible entre unos órganos que entre otros. No es posible distinguir la diferencia entre dos niños de distinto sexo si no se tienen a la vista los órganos sexuales de ambos; pero las diferencias comienzan a hacerse sensible desde que las mamas principian a desarrollarse; este desarrollo va acompañado de todas las modificaciones que caracterizan las formas del sexo femenino.

El bozo en el hombre, el cambio de voz en el niño y en la niña, hacen patente el florecimiento del sexo, que es como la primavera de la vida; la juvenil y la tranquila inocencia se trueca en malicia pudorosa y en inquietudes al parecer inmotivadas; ya la muñeca, el juguete predilecto de las niñas, comienza a inspirarle cierto afecto misterioso cuyo origen desconoce, y las caricias que prodiga a su *niña* son más efusivas, y no es raro el caso en que se finja la mamá de la pequeñuela de ojos azules y dorados rizos, complaciéndose en apretar el resorte que le hace decir papá y mamá, y cuando la acuesta y cierra los ojos, en virtud del mecanismo que le hace bajar los párpados, como si estuviera dormida, la apaña y la acaricia, con tenue voz, como si temiera perturbar su sueño. El niño quiere trocar su espada de hoja de lata y su caballo de palo, por espadas reales y verdaderos caballos. A todas estas transformaciones, que pudiéramos llamar psíquicas, siguen otras netamente corpóreas que van mostrando la diferencia de los sexos. Cuando se aproxima la pubertad, el hombre y la mu-

jer no son ya dos niños en quienes no se puede distinguir ni por el ojo del más atento observador, cual es el macho y cual la hembra; las formas, que antes de la adolescencia eran angulosas, se van redondeando en la mujer, la estética curva va modelando la amplitud del torax y contorneando la carnosidad de la parte posterior de los muslos; los ojos de la niña adulta, adquieren un brillo especial y más intenso, cómo si se hubiera desgarrado el velo que ocultaba la intención de las miradas, haciéndolas más reflexivas y menos indiferentes. Todos estos cambios indican el nacimiento de la pubertad, con sus sueños nebulosos, inconscientes, embrionarios, con sus ansias de dicha y con múltiples anhelos que no puede definir.

A estas transformaciones siguen otras anatómicas de verdadera importancia, que señalan positivas diferencias entre el esqueleto del hombre y el de la mujer. La pelvis, que en el hombre sufre pocos cambios, en la mujer se ensancha, para adquirir las proporciones que le son necesarias, para cumplir la augusta fun-

ción por la cual llega a la suprema categoría de madre.

La pelvis es el escollo de la belleza femenina, pues comunmente es asimétrica. Son raras las pelvis simétricas, cuyo esquema aparece bajo la forma de una elipsis, siendo más perfecta la pelvis, mientras más ancho se presenta el sacro por su base, menos curvo en el sentido transversal y más redondeada la línea que forma la cresta ileopectina. Weber ha señalado cuatro formas que, separan de este tipo, que son la acorazonada, la elíptica, la redonda y la de forma de cuña; estas cuatro formas son las más comunes. En la raza caucásica se encuentran las más hermosas y bien formadas pelvis, siendo más espaciales en su diámetro transversal. La inglesa ocupa el primer puesto en lo que se refiere a la amplitud de la pelvis, lo mismo que las mujeres de Holstein, siendo las judías las de pelvis más estrecha. (\*)

---

(\*) Dr. G. Panzer.

La zona esplánica, de las tres en que dividen los tocólogos, la región pélvica, comprende el contenido de la pelvis o sean los órganos que constituyen el aparato sexual femenino, y representan en conjunto los elementos activos de la generación.

Dice el Dr. Panzer, refiriéndose a las diferencias anatómicas entre el hombre y la mujer: "La jaula torácica es más larga en la mujer que en el hombre, pero al mismo tiempo dista más de la sínfisis del pubis, porque también es más larga o alta en el sexo femenino la porción lumbar de la columna vertebral. En las mujeres que se aprietan mucho el talle se desfigura la forma de la jaula torácica, puesto que las falsas costillas se deslizan las unas por encima de las otras, y de este modo se produce una reducción en el perímetro interior de la caja torácica. Es evidente que estas modificaciones en la configuración del esqueleto habrán de influir, sobre todo, en las entrañas ó vísceras del vientre, y también deberán afectar a los órganos torácicos y a los pelvianos."

Pueden señalarse otras diferencias, que indudablemente deben influir en las funciones fisiológicas, modificándolas en la mujer de manera distinta que en el hombre. Entre estas diferencias es de notarse la mayor frecuencia del pulso en las mujeres, comparado en igualdad de edades, con el de el hombre, aunque estas diferencias están sometidas a las modificaciones provenientes del ejercicio, de los esfuerzos musculares, de la temperatura, presión atmosférica y otras causas. También debe influir la respiración, que es en la mujer con más frecuencia costal que diafragmática, lo cual es debido al uso del corsé y principalmente a los embarazos, que la han hecho hereditaria.

Es lógico suponer que todas estas diferencias, la de la respiración y la de la circulación de la sangre, deben propagarse hasta el sistema nervioso, cuya actividad y delicadeza, son tan diferentes en el hombre que en la mujer.

Aunque de la pequeñez de la masa encefálica no puede deducirse en rigor una disminución de la inteligencia, pues las hormigas,

aunque no poseen, sino un pequeñísimo ganglio, revelan una inteligencia poderosa, sin embargo, debe tenerse en cuenta el volumen y principalmente el peso, en la raza humana, toda vez que las funciones del cerebro no son anormales, sino dentro de un límite mínimo y máximo de peso, siendo idiota el hombre que tiene menos del mínimo y loco el que sobrepasa el máximo.

El cerebro de la mujer, comparado con el del hombre, y teniendo en cuenta su relación con el peso del cuerpo, es inferior, y de esta inferioridad da testimonio la historia, la cual nos enseña, que generalmente sobresale la capacidad intelectual del hombre en todas las manifestaciones de la actividad humana.

El notable filósofo naturalista Luis Büchner, que tantas veces he citado en mis escritos, partidario ferviente del feminismo, para defender a la mujer de su deficiencia en sus manifestaciones intelectuales, pretende que esta deficiencia es debida al género de vida a que se le ha condenado, negándole los elementos indispensables para su instrucción; y

al habersele sujetado incondicionalmente al dominio del hombre, teniéndola en muchos casos, no como persona, sino como cosa, condenándola a la esclavitud y forzándola a trabajar, mientras el hombre holgaba entregado a los placeres, a la disipación y hasta a vicios embrutecedores. Así se explica este partidario del feminismo: "Cámbiese la situación: colóquese a los niños en la cocina a partir de los doce años, entrégueseles una labor o punto de costura, y envíese el mismo número de muchachas al instituto o a la universidad. Entonces podrá verse cual de los dos sexos triunfará." Pues esta es precisamente la prueba de la inferioridad intelectual de la mujer respecto del hombre, ¿por qué no ha hecho la mujer lo que pretende Buchner, mandar al niño con su mandil a la cocina, ponerle la rueca en la mano o el bastidor para bordar; holgando ella mientras él a rudos trabajos era destinado? Por su inferioridad intelectual.

Se pretende que siendo la mujer más débil que el hombre corporalmente, la ha dominado por la fuerza, pero si la mujer es intelectual-

mente superior al hombre, debió ella dominarlo; más fuertes que el hombre, eran, según Lartet, los animales diluvianos, el oso, el león y la hiena de las cavernas, el mamut, el rinoceronte & y a todos los dominó por la superioridad intelectual, no al presente, sino cuando su inteligencia de salvaje estaba poco desarrollada. Así dice el mismo Büchner:

"Desnudo o miserablemente vestido, con pieles de animales o con cortezas de árboles, viviendo solo o en familias aisladas en los bosques, en las cavernas, en las hendiduras de las rocas o en las orillas de los ríos, ARMADO UNICAMENNE CON SUS HACHAS DE PIEDRA, tenía que sostener este salvaje, este hombre primitivo, una lucha sin interrupción con la poderosa naturaleza que le rodeaba o con los fuertes animales de la época diluvial y terciaria; y no hubiera salido vencedor de esta lucha, ni siquiera la hubiera sostenido, si no hubiese tenido á su disposición unas fuerzas INTELECTUALES proporcionadas a la misma lucha. El mismo Büchner agrega, en una nota, "Muy a menudo se ha querido suponer como imposi-

ble o inverosímil que los hombres más antiguos hayan podido hacer frente a los gigantes animales del pasado, únicamente con sus miserables armas. Pero puede hacérselo comprender mejor, una ojeada que echemos a los actuales salvajes de América, Africa y Australia, que no temen tampoco ir al encuentro de los poderosos animales, con los que combaten victoriosamente. Es preciso que esté ciego, dice J. P. Lesley, quien no reconozca las señales de esta guerra larga, dura, desesperada, sangrienta y diabólicamente cruel, entre el hombre primitivo y todas las fuerzas adversas del aire y de la tierra. Lucha en la cual todas las ventajas estaban de parte de la Naturaleza, y sin embargo, el hombre triunfó de ella por tener el auxilio de las *fuerzas de la inteligencia y de su razón.*” Ya ves Basilio, siempre la inteligencia ha triunfado de la fuerza. Por qué, si la mujer era más inteligente no triunfó de la fuerza del hombre?

Cuando la mujer ha sido más inteligente que los hombres contemporáneos de ella, se les ha sobrepuesto y los ha dominado, y entonces es

Semiramis o Catalina de Rusia, y si brillan sobre su frente los destellos del genio es Mme. Stael o Mme. Curie.

En el momento actual de nuestra civilización es bastante grande el número de mujeres que reciben una instrucción igual a la que reciben los hombres, y sin embargo, proporcionalmente sobresalen estos a aquellas.

Los hechos nos enseñan que hay una diferencia notable entre el órgano del pensamiento del hombre y el de la mujer, tal como hemos visto que la hay entre otros órganos, considerados anatómica y fisiológicamente.

En todo el reino animal, con raras excepciones, el macho predomina; en los animales que viven en sociedad, el macho es el que los guía, el que se apresta a la defensa cuando son atacados los individuos de los cuales es el jefe; entre los machos predomina el más viejo, el de mejores conocimientos y el de mayor experiencia. Esta superioridad intelectual del macho está de acuerdo con sus cualidades físicas; es regularmente, el de mayor cuerpo, más proporcionado, mas bello, más arrogante y

mas erguido, señales todas de la superioridad de que la naturaleza lo ha dotado.

Existen entre el hombre y la mujer otras diferencias morfológicas, de las cuales no resulta justificada la frase "el bello sexo" que indudablemente por galantería, le ha prodigado el hombre.

Según se va ascendiendo en la escala zoológica, la estética favorece más al macho que a la hembra: en los pájaros, el brillante plumaje y el canto armonioso, son frecuentemente cualidades privativas del macho, tanto, que en muchos casos, tan solo por ella a la vista de los ignorantes se distinguen los sexos; en los cuadrúpedos acontece igual cosa: es mas bello el león que la leona, el toro que la vaca y el caballo que la yegua.

La protuberancia de las mamas, con mas frecuencia defectuosas que bellas, la cortedad del torax, la amplitud de las caderas, con abultamientos carnosos, casi siempre exagerados, no justifican la citada frase de "el bello sexo," siendo tales deformidades, en las cuales fija de preferencia su atención el hombre, concep-

tuándolas como bellezas, por la única razón de que estimulan sus instintos genésicos.

La monogamia ha enaltecido a la mujer sacándola de las condiciones de objeto utilizable y de placer, a que antes estuviera sometida, habiéndola, si no igualado al hombre en representación social, si dándole una suma de derechos bastante para ser considerada como un factor indispensable para que se verifique de una manera regular la evolución de los fundamentos que sirven de base a la moral, considerada, tal vez sin bastante justificación, como el zócalo sobre el cual se hace descansar la felicidad y engrandecimiento de los pueblos.

Una vez convencida la mujer, de que por el matrimonio, adquiría mayor suma de prerrogativas, consideró que a la consecución de él debía consagrar todas sus aptitudes.

El deseo de agradar al hombre hizo que la mujer recurriese, en muchos casos, a medios pocos decorosos, que en vez de enaltecerla la hicieron descender. Desde los tiempos primitivos el adorno del cuerpo fué tenido, y con razón, como un medio de hacerse las personas

agradables y atrayentes las unas a las otras. Para realizar este propósito recurrieron a medios verdaderamente asombrosos.

Es admirable el arte y la paciencia del salvaje para adornar su persona, no solamente pintándose la cara sino todo el cuerpo, usando algunas veces procedimientos dolorosísimos. Dice Sir John Lubbock, en su libro "Orígenes de la Civilización" "Los australianos de Bota Ni-Bay se atraviezan la nariz con un hueso del grueso de un dedo y de cinco o seis pulgadas de largo, lo cual naturalmente no era muy cómodo, toda vez que les impedía respirar libremente con ese órgano, pero ellos aguantaban con gusto la molestia POR EL BIEN PARECER." Y añade "La pasión por el adorno de la persona parece dominar entre las razas salvajes de la especie humana, tanto como en los pueblos civilizados, ó más en estos todavía."

La mujer ha conservado más que el hombre las señales de este bárbaro procedimiento, perforando las orejas de las niñas para adornarlas con pendientes, en muchos casos de grandes dimensiones, y tan pesados, que además de

causarles molestias, estiran tanto las orejas, que el tal adorno les produce dolores.

Al deseo del bien parecer se debe el nada higiénico uso del corsé, que como dijimos antes, cambia la natural respiración diafragmática, en respiración costal, desfigurando el torax y dislocando las falsas costillas, el nubio *polizón*, el ridículo tontillo o *malacof* y otros adefecios del mismo género.

Si nuestras actuales mujeres no se adornan con rayas multicolores la cara y el resto del cuerpo, si se prodigan los polvos de arroz en todo lo que no les cubre el vestido, y el carmín para labios y mejillas, y el lápiz negro para agrandarse los ojos, son usados con tal exageración, que pretendiendo hacerse bellas resultan repulsivas y ridículas.

En la moda ha buscado la mujer un auxiliar para hacerse más insinuante, y no pocas veces ha recurrido a extravagancias nada estéticas, procurando en otras aprovecharse de los llamados caprichos de la moda para desnudarse lo más posible, aunque seguramente se parará en este camino antes de llegar a la bíblica hoja de parra,

siendo probable que retroceda hasta las amplias faldas que holgadamente la visten, desechando la envoltura usada al presente, que la ciñe y comprime dificultando sus movimientos.

Ya ves, Basilio, que la moda, como en una de mis anteriores cartas te dije, no es del todo fútil y nacida de pueriles caprichos, sino algo muy serio para los intereses de la mujer, a quien sirve para la consecución de sus propósitos: obtener un marido sin preocuparse por el momento de las graves responsabilidades que le traerá la maternidad.

Este deseo vehemente de la mujer, de procurarse un marido, la diferencia esencialmente del hombre, que no piensa en la esposa, sino en momento oportuno y cuando ha llenado otras necesidades indispensables para la vida. Mientras tanto, la mujer entregada a sus anhelos, abandona todo trabajo útil y principalmente el cultivo de su inteligencia. Las más de las veces es forzada en sus primeros años, al estudio, por las personas encargadas de cuidar de su educación, que da por terminada cuando está en condiciones de procurarse un marido.

Son muy pocas las mujeres que no se conforman con una instrucción rudimentaria, y menos las que dedican sus actividades psíquicas a profundizar los graves problemas filosóficos, sociales, económicos & de cuya solución depende el porvenir de las sociedades. Esta diferencia radical entre las aficiones de la mujer y las del hombre, ha engendrado obstáculos trascendentales para el desenvolvimiento progresivo de los conocimientos humanos. La mujer, dispuesta siempre a aceptar, como verdades inconcusas, lo maravilloso y sobrenatural, ha dificultado la natural modificación de las creencias de los pueblos, que paralelamente debieran evolucionar adaptándose a las conquistas de la ciencia, sobre todo en los actuales tiempos, en que estas conquistas han evidenciado la falsedad de tales creencias.

Actualmente aceptan, mayor número de mujeres, que de hombres, la posibilidad de que puedan ser violadas las leyes naturales en virtud de peticiones, rogativas, promesas, & porque ignorando las relaciones necesarias de tales leyes, y principalmente la de causa y

efecto, tienen como verdades, los absurdos y aberraciones más inconcebibles. De aquí que las religiones, fundadas todas ellas en transgresiones de las leyes de la naturaleza, se mantengan en pié, aunque vacilantes, por las alucinaciones que en la mujer produce lo maravilloso. Haciéndose hereditarias tales creencias son un balladar poderoso contra el cual se estrellan con frecuencia las conquistas efectivas de las ciencias.

Las diferencias entre el hombre y la mujer, colocan a esta, por razón de la maternidad, en la condición de ser el árbitro de las primeras impresiones que afectan las celdillas cerebrales del niño, que ya modificadas por la herencia, no oponen ningún obstáculo a la fijación de tales impresiones.

Mientras el hombre, por la reflexión y el estudio, puede irse despojando, aunque lentamente, de los errores que la herencia le ha transmitido, y modificando el funcionamiento de sus células cerebrales por la acción que en ellas ejercen los conocimientos positivos, que emanan de la experimentación, la mujer, dedica-

da de preferencia a las frivolidades, de las cuales espera obtener, el para ella supremo bien, que hace consistir en la conquista de su hombre, ninguna resistencia opone a la perpetuidad de tales errores.

Conforme con lo dicho anteriormente, Basilio, habrás observado que los sectarios y propagandistas de las religiones existentes, han considerado a la mujer como la más útil de sus conquistas, para el éxito de sus propagandas, pues por medio de ella pueden fijar en los descendientes, en virtud de las leyes de la herencia, y por la educación del niño de que es dueña la mujer, cuando las células cerebrales aun no llegan a su completo desarrollo, los dogmas absurdos, que son la base de todos los mitos, que la humanidad primitiva se ha visto precisada a inventar para explicarse los fenómenos de la naturaleza, cuyas leyes desconocía, y cuya ignorancia la obligaba a recurrir a lo sobrenatural. Estos mitos se comparan perfectamente con la mentalidad femenina, propensa a aceptar, de preferencia, lo inexplicable, lo maravilloso y hasta lo absurdo,

por la única razón de ser misterioso e incomprendible.

Si me propusiera demostrarte de que manera, las cualidades características del sexo femenino, distintas de las del masculino, han constituido una fuerza retardatriz para el logro de adquisiciones científicas, de la vulgarización de estas Y DEL DESENVOLVIMIENTO ORDENADO Y REGULAR DEL ALMA DE LOS PUEBLOS, no sería esta una carta sino un volumen de muchas páginas.

Sin embargo esta fuerza retardatriz de que he hecho mención, tiene su utilidad en el encañamiento de la marcha progresiva de los conocimientos humanos; sin ella la velocidad adquirida por las conquistas de la ciencia, carecería de un freno, regulador indispensable, para dar tiempo a que tales conquistas se difundan y arraiguen en la masa social, que sigue inmediatamente a los que con sus trabajos van fijando los principios que sustentan las verdades experimentales descubiertas; lo cual no sucedería, si el grupo compuesto de los hombres de ciencia caminase con vertiginosa ra-

pidez, dejando rezagado al resto de la humanidad, que a cada momento se hallaría más distante de sus precursores, y, por consiguiente, en la imposibilidad de asimilarse los conocimientos por ellos adquiridos.

Con lo dicho, Basilio, creo dejar satisfechos, en parte, tus deseos, pues para hacerlo del todo, tendría que enumerar larga y prolijamente todas las diferencias de forma, anatómicas y fisiológicas, que existen entre el hombre y la mujer, además de las psíquicas, que son de importancia, y que acaso deriven de las primeras.

Perdona las deficiencias.

Junio de 1913.

ARCADIO ZENTELLA.

